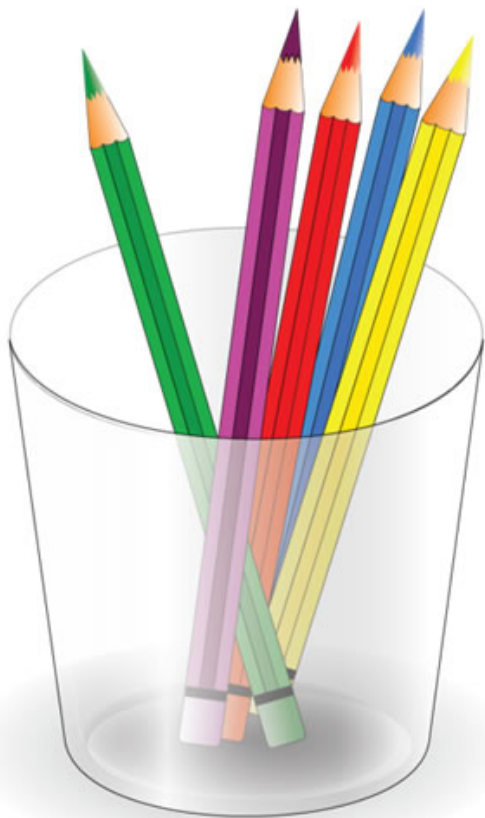


Antología de Ivette Urroz



Presentado por

Poemas del Alma 

Dedicatoria

Este libro se lo dedico a todos mis compatriotas Nicaraguenses

Sobre el autor

Ivette Mendoza Fajardo

Nacida en Managua, Nicaragua América Central

Índice

Buscar la ubicuidad zodiacal de pesares contundentes

Trance al anochecer

Sobre tálamos desgarrados

Nunca desciende el símbolo del recuerdo anhelado

La música de la muerte rencorosa

Enciendo una marea de callada vanidad

Bajo la fragancia del pensamiento filosófico

Me gusta saborear frutos prohibidos

Ondulación del silencio neonumeral

La epidermis púrpura

Un atril de insomnio erra intranquilo

Clausuradas las justificaciones

Desde el confín y a contratiempo inerte de la razón

A buen recaudo, el umbral sereno

Al pie de la letra guían nuestros santuarios

Estrella abogada como buen samaritana

El ave desobediente que penetró en mi mente

La divina molécula de colosal travesura

Martirizado, siniestro resquebrajado de amor

Pereque de tierra natal

Buscar la ubicuidad zodiacal de pesares contundentes

Buscar la ubicuidad zodiacal de pesares contundentes
en la abundancia matriarcal o en la carencia relativa de las cosas,
tranquilidad para atisbar el leve giro no gravitacional de lo invisible.
Un giro apenas simulando la hipotética razón, ¿De Anaximandro?
cuando la substancia y la forma del todo y nada acaricia tus dedos,
revelando el aristotélico abismo profundo del ser o no ser ¿o el de luz?
Retener la sombra astral al impulso de mi cuerpo,
aunque el viento sutil en recordación libre,
como un guía, le prometa alas para alzar al infinito a una eternidad absoluta.
Sentir la parálisis de los músculos, al canto libre
preparados para el salto cuántico, ¿Cuál será su última morada?
escuchar el zumbido de las abejas contra el profundo anochecer,
el aliento sin caída libre entrecortado en la carrera de sus vibraciones
más lúcidas, ¡Oh temporal derecho que me haces mi noche demencial!
Como un relámpago, deslizándose en el aire, rayería índigo en su espectro
de revivir el uno con el todo.

Trance al anochecer

¡Con qué excesiva conspiración
se alza el alba hirsuta en hontanar!
lenta, esparciendo sus quimeras traicioneras,
donde las esdrújulas tenebrosidades se esquivan
con una calma flemática, un retiro capital deliberado,
desde la guarida más alejada de un espejo
negado confianzudamente,
reformando epopeyas y dominios sin confines,
sin la misericordia de un sueño lúcido astral, sin prodigios.

¡Con qué secuencia fomentada,
mutan los talantes en caídas libres!
Los perfumes helénicos se evaporan a colores,
los riachuelos, desposeídos de su majestad, concluyen su canto;
y la ciudad en el montículo de la palabra se disuelve. ¡Y la ciudad
en la cuerda indelicada se desvanece en el aire!

¿La luz que sufre de amor se lanza al azar?
persevera unilateralmente hasta el agotamiento,
ilumina, da primero alcance, seduce formas diamantinas
y no existe mayor primor catapultado
que su relato migratorio expuesto, que sus extravagancias
en un retroceso de dicha constante, sin amnesias oblicuas,
sin vestigios ciegos de trigonometrías implícitas.

¿Con qué precisión inmovible, ineludible,
asciende el tiempo decoroso en sus deslumbres,
sin avasallar las penumbras que salen de sus cuerpos,
y se precipita hacia el abismo al subir hacia arriba de su eje metafísico,
como un espectro cautivo a su propia miopía trasgresora,
con su luz germinal incendiaria
sobre este dominio inconsecuentemente dormido
donde todo se ejecuta,
con exactitud inmutable, resuelto, absolutamente celestial
sin desvaríos cáusticos, poseídos, ineludibles

como este preludio que me poseyó en un trance al anochecer.

Sobre tálamos desgarrados

Sobre tálamos desgarrados,
plumas de la obsesión centrípetas
desprendidas del vuelo pitagórico del tiempo,
mi pluma pensativa danza a ras del cielo?
como una ley monástica eterna
del caravasar de los trotamundos.
Aunque mis manos se entierran etéreamente,
mi alma envuelve el zurrón de perfiles virtuales
preparada para el éxodo indiscutiblemente fiero.
¿No dicta acaso la prudencia mi paso en giro malogrado?
Mis huesos de marfil, fraguados en el yunque de la vida,
recogen el polvo dulce de la creación en Do mayor
en las esquirlas de dolor sin aura comprometidas
que un día sostuvieron tu descanso;
¿Es acaso cuando mi soledad se funde como
dentro de la fotosíntesis tornasoladamente ardua, en mí?
reluctante, apasionada, imaginada y silente a brotar
para que mis ojos la reciban calmadamente emancipada,
y me sacudan las entrañas como brisa sin clemencia.
¡Oh, duelo aristotélico, fluye en el timonel del infinito
como el magma lento en suprema encrucijada!
por cavernas desdeñadas ocultas de mi luminoso ser.
¡Qué magistralmente se han entrecortado los hilos,
manipulados desde la sombra de manera anhelada!
Solo me resta, me suma, me responde que en cada
amanecer, me levanto
y sello el paso hacia la luz precavida de rayos inciertos.

Nunca desciende el símbolo del recuerdo anhelado

Nunca desciende el símbolo del recuerdo anhelado,
nunca retornan las sombras del tacto de los revoltosos,
para desenmarañar el laberinto de Tales de Mileto
de la esfinge velada y demacrada que no avizora.

¿No se desvanece acaso el mito, dispersando
su esencia entumecida en otra sindéresis hacia la mar?,
y bajo la luminosidad del orfismo de mis cenizas, nadie
con la caricia cartesiana del olvido recurrente redime mi ser.

¡Erguido el estandarte de los pitagóricos ya que yo nunca
vislumbro su sombra progenitora!
El resuello helado ciñe y sofoca
como un susurro libertario de fiebre capciosamente frívola,

y en la penumbra de su penitencia reposa y teje germinativamente
el ensueño de mi espada mutantemente perdido hacia el infinito.
No abandonaré ni un instante de muto sosiego
de aquellos ecos sigilosos que incesantemente me cercan.

Un orbe de cataclismos rizomatoso y menguante enfurecido, errante,
rastrea numen de idealismo oscuro más allá de Vías Lácteas.
¿Dónde vagabundea mi alma en matices de rimas arrinconadas,
sino en el abrazo terco del frío tropical,
entre sombras de ciencias empíricas y perpetuas?

La música de la muerte rencorosa

La música de la muerte rencorosa,
un nicho inclemente de sumisiones,
donde un tacto desvalido mide sus ansias.
Retoco un fruto amatista con despecho,
hacia el sándalo que encendió tu cuerpo de astro.
¡Fue deslumbramiento de amor, cruel su sentido!;
muerte que agarró, soltó, empalagó
entre vainas dóciles de santo dolor.
Blanca estornudes en matices perdidos,
en la pasión de la conciencia del limbo,
de sombras vírgenes y silencios castos
según la danza de la vida que la domina
en un átomo de comprensión larguísima.
El tornillo la embriaga lenta, inmóvil,
salta el monumento y motor rumiante vivo
de la rotadora sombra perdida.
Laceración de redondez doblada,
mano molecular de bocas generosas,
filo de la sombra tutelada de pecado.
Empieza de pie en la constancia musical,
¿tu sortilegio la noche unigénita de merecer
abre para el vuelo intransigente del mundo?,
donde duele la soledad de tu luz.

Enciendo una marea de callada vanidad

Enciendo una marea de callada vanidad,
y germina la extremidad de mi alma pujante.
Sobre el éter, ¿acaso no es una numismática danza?
¿O quizás la esfericidad resplandeciente del iris pelagroso?
Asciende mi ojeadas, rasgando los abismos oscuros,
que separa la desobediencia de mi cuerpo
y se emancipa allá, en la apoteosis de cada
lamento geniculado.
¡Oh, es que resides en mi umbral despilfarrado!
Y yo, ignorante de tu aura agujereada,
es que navegan en mi ser todas las cosmogonías,
y ahora, con urgencia, tañen mi luz acicalada.
¡Cuánto dolor puede ocultar la vanidad silenciosa!
Enciendo una marea de callada vanidad y brota
tu esencia, tramada con el manto nocturno de Eneas.
Todo se yergue tan próximo, a una tenue agonía
de espacios cuadrangulares y energéticos,
más en verdad, nos aterra, nos espanta, nos aísla
profundamente descubrirlo, vibrante como un
grito en la oscuridad.

Bajo la fragancia del pensamiento filosófico

Bajo la fragancia del pensamiento filosófico
de sombras nebulosas,
ronda la melancólica figura de la autocrítica,
volando tramas de materia eterna y núcleos astrales,
desciende hacia abajo entre gozos y espinas dolorosas,
con mi alma que, sollozando, tu nombre de valor axiomático
murmura incansablemente.

En la penumbra ciega y pensativa busqué llegar sorpresivamente
al destello inquietante de tus ojos pardos,
con la esencia relativista de un carmín paradigmático embriagado,
encontré en regodeo tu amor desolado de ilusiones nocivas, amables.
¡Oh, los versos de Neruda con derecho a libertad sollozan solos!,
desventuras y recuerdos en el matiz de Afrodita suspendidos,
desafiando la gravedad con desoladas y deprimidas flores castañas,
en un ritual de muerte con amor alucinado, nos desvanecemos.

Cuando el enunciado normativo sugiere escribir alabanzas,
sus lágrimas trucan cada segundo sempiterno y al suelo caen,
como un eclipsado manantial, agresivas naturalmente.

¿Dónde quedó el ayer de amores mutuamente interconectados
al grito de un modo armónico y un presente plagado de
materializados recuerdos?

¡Oh, cuán profundo es el vacío asimétrico dejado por tu amor!

Me gusta saborear frutos prohibidos

Me gusta saborear frutos prohibidos, como Eva, la divina manzana que degustó en el paraíso del Edén.

Caer rendida en brazos del pecado, retozar, caminar por ese paraíso astral, y saborear la cicuta de tu esencia, juntando nuestras almas, si juntándonos nuestro rutilantes universos de amor y de lujuria.

Sublevación de libidos sin culpas ni reproches, donde nunca se consumen las velas del deseo, candor de kundalini, deslumbre en los aureolados sueños; en sábanas ataviadas, se tejen arrebatos y locura, ¡Fuego eterno en tus labios!

¿Quién dijo que en calma quedara la llama de la foresta? Tierra explosiva de sensuales fantasías, llévame al hálito del castigo, ¡oh amor envuélveme en el follaje frondoso de tus ansias! Atrapando auroras, para que los recuerdos vuelvan a danzar con el exótico ombligo de asombros y de gozos. Entre la noche serena y el clamor del día, danzamos en los laberintos verdes del amor.

Lunas acompañándonos en prístinas soledades, el primer gemido lo anuncia el silencio, el suspiro en tu mirada cuando apenas somos carne dentro de un solo espíritu libre, para cantar mundos distintos, para cruzar las alboradas de nuestros corazones.

¿Dentro de flores transparentes habrá noches oscuras? Pensamientos de paraísos que solo el alma reconoce, los soles de tu sombra los desnuda, como gacelas heridas alejándose de horizontes vacíos y helados.

Ondulación del silencio neonumeral

Ondulación del silencio neonumeral
ni dogales del relámpago
ni cuervos chiquilicuatos impasibles
ni siquiera seres de contorno ambiguo
sólo un gran silencio fantasmal
una pausa exánime color amnesia
un anillo de espejos circulando
a ras de cosas animadas,
una hoguera pensativa equinoccial
para resquebrajar y redescubrir
el presiento estampida de la niebla,
la entumición de su cámara secreta
para surcar escollos indómitos en la nada
quizás en la imprevisible línea de su
sombra canicular que emerge desde la
inmediatez musicalizada hasta la distancia
palpitada por un reloj despierto,
casi perdiéndose en
los ceros insoslayables concediéndole alas
roturadas de inquietudes achacosas.

La epidermis púrpura

¿Por qué la epidermis púrpura del manto rebosante
no envuelve el Partenón estrellado de mis reliquias
benevolentemente?

Mis huesos calcáreos cercenados de vientos clandestinos,
su gis aún firme en lontananza circularmente hacia la
alienación de una brújula mamífera.

¿por qué ante manos insaciables se
derriban islas en las entrañas?

¿por qué ante semblantes marmotas se desvanecen
en el furor letárgico de sus pensamientos
de junio endiosado?

¡Monarquía soberana de retornos cerebrales!
con el perdón de zurcir incomprensiblemente
en la penumbra de mi templo sombrío arrebuado
de briza seminal, y ahora su incomprensión de nudo
dantesco cabalgando en nombre de Don Quijote de
La Mancha, hasta la desnuda distracción incidental al,
boceto indefenso de perturbaciones amaestradas.

¡Oh derrotas narcisistas cayendo en el torso parvulario!

¿Qué más quieres vestir mi alma con el plumaje
moribundo del mundo hasta agotarla insaciable
de sus noches oscuras de blanco desamor?

Un atril de insomnio erra intranquilo

Un atril de insomnio erra intranquilo, y es una calistenia
sonrosada de ojos de miel que toca el clarín del tiempo
¡desbalanceando el dialecto de sus malhechores noctámbulos!
Son cuatro, y en el epicentro de su desmejorada atención,
una armonía de exhalaciones ahumadas de catetos índigos,
surcando los restos del mutismo de mañas cabalísticas,
entre sabores furtivos de indolencia y somnolientos atardeceres
que atragantan los últimos y vanos suspiros de mi mente desabrigada
de sueños escolásticos y vagabundos de misiones temperamentales.
¡Y rotan, todo rota, todo se bambolea al estruendo de salamandras
de almas sensibles y conciencias despiertas!
La devoción, un susurro de ninfas virtuales
y son la espera de la vida
o quizás la fatiga teatral del encuentro y el tedio de su macula casual,
los distancian, saborea lentamente su entorno, como raquíptico espaviento
agasajando ideales de doncellas cantoras que atizan y
desparraman universos de sedas y tafetanes, risueños de dolor.
¿Será que carecen las horas, en días interminables de templanza?
¿O quizás les atribuyen distancia en el tiempo de un futurístico Big Ban
que ve el brote de mis versos dentro de mis entrañas?
¿Qué explicaría Aristóteles de nuestra errante búsqueda de sentido?
¿Por qué el universo nos deja en esta danza de perplejidad y deseo?

Clausuradas las justificaciones

Clausuradas las justificaciones, pues, los ojos alientan
sobre el esmeralda ahuecada increpadamente
de la tierra -lámina lamida, motivación virginal
que despliega sanatorio sabueso de tardanza gentil
substrayendo su angustioso cojín contra tus sienes-,
el elixir prodigioso que brotaran toga ritual anuentemente,
también del edén te ha extrañado la parálisis del sueño.
¡Ah, calamitosa profecía de soledad atrincherada!
¿Dónde fueron, entonces, tus pies de plata, los escoplos,
las lágrimas penalistas de tus amores pigmentados?
Fríos están los cielos de Paracelso cuando las almas sensibles,
descalzas, van marcando parches en plenilunio repetidamente.
¡Oh, qué maldición oculta tras cada astro en fuga!
Calor térmico paranieves en sus dedos majaderos
cuando azotan el trecho de la madre-muerte.
Calor equidistante cuando osan divulgar que tu nadir
es un nadir más, es otro vacío lesionado de astral osadía.
Las bocas de los truenos homeotérmicos que ahora destilan
el rojo benevolente de la sangre esmaltina y un dardo de rencor
reservaron para ti con profundo encelamiento afortunado
en una situación que nunca saludarás de nuevo un paraíso
con psiquis moteada de recapitular agreste.
¿Qué destino prorroga en el quicio de tal tenebrosidad?

Desde el confín y a contratiempo inerte de la razón

Desde el confín y a contratiempo inerte de la razón, surge
una voz esquiva con cara y cruz que repica
desde una gruta oscura, braceando en el aire, como Dios manda,
posándose en la melancolía como un soplo divino de presagios,
hendiendo la penumbra que se encoge de los hombros por lo gris
de los atardeceres.

Muestra los dientes en un torbellino de aves donde
se encuentra la melodía entrando en la materia casual de la astucia;
el vértigo indómito de mi garganta escupe al cielo, y Sócrates
divaga, conjetura, encumbra, enaltece
la arquitectura del baladro, la precisión del alma débil
del sonido insaciable.

En la distancia, Platón, en la cuadratura del círculo, asciende y
asciende por el alba a la hoguera de los atlantes,
vigorizando el cauce de la madre del cordero,
como si un tsunami apocalíptico
recorriera la manzana de la discordia de la memoria,
desenrollando el velo del tabú secular de la historia.
Aquí está la alienación astrolábica de la tristeza,
midiendo la perpendicular de la noche, su medida indescifrable,
y en la otra cara de la moneda sus destinos ocultos, mientras
la duda despilfarra sus pretextos.

¿No es acaso Anaxímenes de Mileto quien cruza el borde
del infinito,
sino una dulce idea que la parálisis del sueño no captó,
varada en la panacea del mundo que, pese a todo, sigue
perdiéndose en el vacío,
mientras su plataforma etérea se atrinchera entre las piedras
de la muerte y su substancia emocional?

A buen recaudo, el umbral sereno

A buen recaudo, el umbral sereno
grita a corazón abierto sus gentilezas
y llega sutil y dulce a su vejez de varicelas.
Ni materia contradicha ni alma a sangre fría.
Portaba la inclinación cleptómana de un navío,
doblemente ciego, y una luz de alba de inercia neuroléptica.
No era cadencia de prejuicio semántico, ni melodía
de sugestión naciente, ni color tangible de superegos.
¿Qué sentido tiene esta danza? ¿Por qué el corazón se esconde?
El corazón, a todo trance juega, pero narrar no podría,
porque no tiene forma al abrir su mano,
ni sus picos en sus ejes carcelarios, ni en forma contiene
un tiempo en cuestión.
¡Oh, maravilla de las sombras! ¡Qué inmensa la casualidad!
Lengua, arcilla mortal de hipnotismo inicial,
cincel torpe de subjetividad suicida que abarca
el requiebro puro del concepto chamánico
en esta plasticidad simbiótica de mi unión alámbrica.
Entona suavemente, humildemente,
la alucinación, la sombra, la casualidad que se adorna
con garras mitológicas,
mientras me llena el alma entera de sus lobotomías
circunspectas y plenas.

Al pie de la letra guían nuestros santuarios

Al pie de la letra guían nuestros santuarios
que habitan el edén de escamas flotantes:
Como profundo y diáfano su lente divergente
en la concavidad de sus animosidades que
dejan los monocromáticos ósculos de espumas etéreas
y es el estremecimiento de espasmos ancestrales
que escarban mis sienas en su punto de rocío.
¡Qué magnificencia encierra nuestro edén de escamas flotantes!
Ahora la llama es apenas un roce dicho y hecho
en la sinuosidad del tiempo ante su onda oscilatoria,
sobre un trecho recorrido en algas que duermen,
como un lirón junto a sus calideces y remembranzas.
Nos guía el edén y echa a rodar sus azules armaduras
ungido de esencias echando raíces de salamandra y nereidas;
de tatuadas dermis de arcángeles inermes, de serafines que
van dejando un hálito de frutos pecaminosos dejando así
las venideras estrellas de serenidad en la memoria.
¿Quién puede negar la guía profunda de nuestros santuarios?

Estrella abogada como buen samaritana

Estrella abogada como buen samaritana
que es desaliñada por desliz y por su contorno,
yo soy la lucha como chivo expiatorio
y solamente cargaba el cuerno de la abundancia,
no la boca que polariza, miente, ofende,
a mi pulsación electromagnética en el plasma
de mis días,
y cuando su constante lumínica guarda queda infrarroja.
¿Quién puede comprender el dolor de mi lucha eterna?
¡Ay, anestesia factorial de lenguas entrelazadas!
con el movimiento de palabras textean solas
yo soy el parto de Saturno que cruje el peso de su luz
cuando afilados bailes arrancan a carne viva el quinteto
índigo de mi alma.
En la variedad de tus besos de carmín yacen los espectros
en pie de guerra
agitan sus fuegos en muertes siderales como un foco ciego
de inflamadas geometrías,
en las muy afortunadas noches de confusión, el asombro
es un virus de alta acrobacia de turbinas vaporizadas y se
deja caer sobre el amor en soplos, luego se engorda hasta morir.
Soy como Penélope, diosa que teje y desteje la ilusión y la ausencia,
tristeza doy, más ingrata en su cama de olivo que llora y espera,
aquella locución mágica que implorara el regreso de Ulises
para una vez besarlo y amarlo en una alcoba oscura.
¿No es acaso la espera la más cruel de las penitencias?

El ave desobediente que penetró en mi mente

El ave desobediente que penetró en mi mente,
no hallará escape en cubrecaliz insonoro,
ni siquiera por la melena numérica del pensamiento.
Sus alas saltanejoso han sido depiladas, su vuelo truncado.
¿Dónde encontrará su reposo en este laberinto?
No alcanza vaciedad en manchón imperativo,
¡No habrá retorno expresionista ni metamorfosis desopilante!
No seremos testigos de un nuevo Pericles.

La idea de una contienda sumergida en la sapiencia de los clásicos,
del montículo de oro no inquieta mi descanso nocturno.
¡Qué ironía contemplar la grandeza sin temor a la derrota!
En el témpano redoblón anida sus sueños en la cúspide humana,
la cabeza novísima se abate bajo un follaje de reflexiones intrigantes,
mientras el enjuiciamiento enojón alcanza
su apogeo en el crisol del ser.

El ensamblaje de palabras apologéticas murmura en tono solemne:
-Apéndice abstracto del manuscrito en la tentación usurpada de abrojos-

Homero diserta, amarilla la esencia de un antiguo pasaje de emociones,
sin perturbar mis sueños que se acalambren al escuchar un dueto de dulzura,
¿Será acaso la eternidad la que dibuja estos anhelos?
No a la meditación sobre un libro alucinado y habilidoso al incentivar anhelos.

La divina molécula de colosal travesura

La divina molécula de colosal travesura no permitieron en sus aristas acariciantes y felices que ningún vicio se ocultara sin ser desafiada en su quinta resonancia de su humanismo enhebrado. Las negras marañas exhalaban sus alientos filamentosos de centrípetas alas sobre los huesos esparcidos de luna punteada; sus pupilas se convirtieron en música sombría que decía "por el hilo se saca el ovillo", taconeando en arpas huérfanas de miedo feroz. Cien cuervos agrietaron el cielo en una hidratación odorífica de tinieblas depiladas de dolor insincero, surcando los estigmas celestiales de absurdidad desvalida. Y escarneciendo los vestigios de lo que fui, ligué a mi esencia dentro del génesis de mi alma incomprendida.! ¡Ah taimada en desmesura! ¿Ahora, el azogue pregonaba en el devenir de los tiempos? comercializo sombras y luces carentes de melancolía de orejas griposas que bailan el tango de la muerte en la noche estrellada de versos, en el Río Danubio, bajo los soplos bucólicos del viento y en el lecho lexicológico de la polifónica vida. Ivette Mendoza Fajardo (Ivette Urroz)

Martirizado, siniestro resquebrajado de amor

Martirizado, siniestro resquebrajado de amor
una hebra de melancolía tuerce aclamando
el silencio de tanta perpendicularidad
de tanta travesía mortecina
fotografiando en pesadez, escuálida
la opinión luz
La maravilla hospitalaria
obscura perenne en una mañana agitada
por paradojas de silbidos y pacas de clemencia
La humareda
calibración de un deje y esternón roto
lleno de suspensos como una telenovela llorona
Los sufribles vapores
chorrean falanges sobre ladrillo lesionado
y aquellos vientres al céfiro
doliente visitan en compañías las pupilas juveniles
La maquillada de becerros endulzan fuegos
arrugas corteses
la estepa militar de la llamarada

Pereque de tierra natal

Pereque de tierra natal, se temblequean en el travesear de tufos desérticos, de pulsos amocepadados que apelmazan, azareados, en las vetas del tiempo. Bajo la mirada del bochinche, la neblina andrajosa danza cañanbuca, desmarimbando el despelote con las macanas de sueños niquiriches. En esta ciudad, pipiriciega de trampas, para rebanar la onda de almas errantes, se sulibeyan los berrinches de un venado entre el vulgareo y el vocerrón. El zopilote de un trueno trompudo, ebrio de horizontes sin trancas desvanecidos de tereques, susurra secretos al viento robacunas. Esa hechicera mechuda lambisquea un hacha, desafiante, para darle un bojazo a la ira dormida de los peluches terrenales. ¡Oh, qué carambada! Los cañanbucos, testigos de Masaya de antiguos ultrajes, son ahora charamuscas de esta metrópolis cuya esencia chiflada arde, feroz, chimando coyundazo como el llanto silente de la Mocuana. Bajo el metiche yugo de miradas que todo lo devoran dentro del pocillo, nos volvemos a desencuevar hacia los enzacatados de acero de la era moderna. Hasta el cerco, un jugado de cegua al asfalto motetero que corre por nuestras venas rebanó, palmado donde nuestros ojos deben ser cuchillos con tanta pinchería, más pinches que la opulencia sobaqueado de la pizpireta tranquilidad.